

ELOGIO

Del Dr. D. Eusebio Valli, médico ordinario del hospital militar de Dijon, individuo de la Academia Virgiliana de Mantua, del colegio médico de Edimburgo, de las sociedades de medicina de Venecia, Burdeos, &c. Leído en sesión ordinaria de la Sociedad Económica de la Habana el 22 de noviembre de 1816 por el Doctor D. Tomas Romay, individuo de mérito del mismo Cuerpo Patriótico y publicado en el número 105 de las Memorias del mismo cuerpo.

*Ultimam Dii immortales fecissent, ul vivo
potius . . . gratias ageremus, quam mortuo
honores quereremus.*

Cicer. pro Serv. Sulp.

Cuando la sociedad pierde algún genio que ha concluido sus obras, o que al menos las trazó de tal modo, que no es difícil darles toda la perfección de que son susceptibles, se consuela en su desolación con la memoria de los beneficios que ha recibido, y solo vierte sobre su sepulcro lágrimas de admiración y gratitud. Pero cuando la muerte sorprende al hombre benéfico en el mismo instante que anunciaba a la humanidad afligida los grandes auxilios que le preparaba, cuando experimenta las calamidades de que pudo redimirse, y vé súbitamente frustradas cuantas lisonjeras esperanzas había concebido, entonces la resignación y conformidad faltan al corazón sensible, busca en vano al Númen que había ofrecido consolarle, y convencido ya de que no existe, se arroja despechado sobre sus cenizas, pretendiendo restituirles con suspiros y lamentos aquella vida tan necesaria a la conservación de muchas otras.

Tales son los sentimientos que nos inspiran la filosofía y la humanidad por la prematura muerte del Dr. D. Eusebio Valli cuando empezaba a practicar sus ensayos sobre la enfermedad mas exterminadora en este clima, y serán sin duda muy semejantes a ellos los que experimenten los pueblos de la Europa y del Asia, donde le condujo si impávida filantropía para observar en si mismo los efectos del contagio de la peste.

Ponsaco no fué la patria de Valli, como juzgaba el Sr. Pacdioni. Contestándole sobre este particular un vecino de aquel pueblo, le dice no haber encontrado en ningún archivo su partida de bautismo, y que creía haber nacido en Mou-feltro, pequeño lugar en los confines de la Rumania, donde residió su padre con toda la familia por los años de 1778 ejerciendo

la cirugía. Ninguna noticia he podido adquirir de su educación literaria ni en las aulas donde la recibió. Pero nada importa ignorar estos pasos preliminares a su ilustración. El grado de doctor en medicina que le confirió la Universidad de Pisa, los varios idiomas que poseía, entre ellos, el griego, las obras que ha publicado y las que permanecen inéditas, las consideraciones que mereció a diferentes Cuerpos y a sus mas distinguidos profesores, serán las pruebas menos equivocadas de sus progresos en la literatura y en las ciencias naturales.

No es solo el Dr. Valli quien lo afirma; el mismo Jadelot en el discurso preliminar a su traducción francesa de los Ensayos del Barón de Humboldt sobre el galvanismo, atesta que el físico de Pisa observó la electricidad animal mucho antes que el naturalista de Berlín. Desde el año de 1793 escribió en inglés un tratado acerca de este fenómeno desconocido hasta entonces, y sucesivamente publicó en su idioma patrio doce cartas sobre el propio asunto, mereciendo casi todas las reimprimiera el Dr. Brugnatelli en los Anales de química y de historia natural que redactaba en Pavia; y traducidas al francés algunas de ellas, se insertaron el año proximo pasado en el Diario de física, de química y de historia natural de París. En esos escritos prueba el doctor Valli con repetidos experimentos ejecutados en las ranas, que el escitador metálico recomendado por Galvani, Volta y Aldini, no es necesariamente el motor de la electricidad animal, puesto que tocando un nervio con cualquier cuerpo se escita el movimiento en su respetivo músculo, observándose algunas veces hasta treinta minutos despues de la muerte de aquel animal; resultado que tal vez contribuyó al ingenioso sistema de la vida orgánica tan ilustrado por Dumis, Richerand y otros fisiólogos.

La carta del Dr. Valli a Mr. Astiers, sobre la propiedad antipútrida y anti-fermentable del óxido rojo de mercurio, y la contestación de ese profesor acreditarán siempre, que el primero descubrió aquella virtud en el azogue, y que antes del otro ningún químico había observado en el alcanfor los mismos efectos.

Si aquella Memoria y el elogio que por ella mereció al primer farmacéutico de Francia, no bastasen para acreditar los conocimientos químicos del Dr. Valli, acabará de comprobarlos el prospecto de una obra sobre la vejez, en la cual manifestó igualmente su instrucción en la higiene, en la fisiología y en la anatomía.

Ilustrado con estas ciencias auxiliares a la de Esculapio, Valli se inscribe entre sus prosélitos y mereció ser iniciado en los misterios mas sublimes. Semejante a aquel héroe que despreciando los reptiles recorrió la tierra para purgarla de los grandes monstruos que la desolaban, el intrépido Valli peregrina por la Europa, el Asia y la América solicitando aquellas enfermedades mas horrosas y funestas a la humanidad.

Si exceptuamos el ensayo sobre diferentes enfermedades crónicas, todas sus investigaciones y tareas las dedicó a examinar la teoría de la epidemia en general, a la tisis hereditaria, a la peste del Levante y a la fiebre amarilla. En la primera parte de su tratado sobre la tisis, establece varias

proposiciones que a no fundarlas en una erudición vastísima se juzgarían paradojas.

Hasta el año de 1794 la Europa había sido el teatro de sus benéficas incursiones, “pero como ningún obstáculo, decía el mismo Valli, arredra el corazón devorado por la ambición de la gloria o por el amor de la humanidad”, — parte a Smyrna, espera con impaciencia que la peste se difunda en aquel pueblo malhadado, la observa sin intimidarse y escribe sobre ella un tratado que mereció la mas honrosa aprobación del célebre Tissot. Advirtiendo después de Ingrasias y de Orreo, que existiendo alguna epidemia de viruelas no se presentaba la peste, y que esta cesaba luego que aquella aparecía; sospechó que el contagio varioloso extinguía o al menos neutralizaba el pestilente; deduciendo de aquí que la inoculación del pus de las viruelas preservaría de la peste o enervaría su malignidad en los que ya estuvieran infectados. Esta hipótesis la concibió el año 1785 estando en Scio, donde la peste es muy frecuente; pero no encontrando en ella ni un solo virueliento, no pudo fundarla en las observaciones necesarias. Las recomendó a un facultativo de aquella isla y a otro de Smyrna, prescribiéndoles varias reglas para ejecutarlas con acierto.

Ocupada la Italia por los franceses el año 1800, fue empleado el Dr. Valli en sus ejércitos, y con permiso de aquel gobierno, pasó a Constantinopla el de 803 desolada entonces por la peste. En el mes de junio ejecutó en si mismo el primer ensayo, inoculándose el pus varioloso mezclado con el que arrojaba la úlcera de un apestado, y por espacio de seis días experimentó varios síntomas de esa enfermedad, cuya historia escrita por el mismo paciente es mas interesante a la humanidad, en sentir de Kalogera, que la historia de seis siglos. Juzgándose ya preservado de la peste, fué improvisamente atacado de ella el primero del siguiente agosto, con síntomas tan terribles y malignos, que él mismo se admiraba de sobrevivir a ellos. Así permaneció veinte y tres días, quedando por otros muchos tan atormentado de los carbunclos y bubones, que al fin perdió parte del talón, del pie izquierdo. Restablecido de esa enfermedad, ejecutó otros varios experimentos, inoculando algunas veces el pus de los apestados con el varioloso, otras con el jugo gástrico de diferentes animales, otras mezclado con aceite, y por último vacunó también algunas personas, lisonjeándose ese infatigable observador de haber correspondido el éxito a sus esperanzas.

Disipada la peste en Constantinopla pasó a la Natolia, donde perecían los ganados por una epizotia pestilente, sospechando que la peste de las reses tiene tanta analogía con la del hombre, como la vacuna con la viruela natural. Mas esta expedición no fue tan feliz como lo deseaba, según escribió a Mazorowich, porque aquella enfermedad, no siendo contagiosa al hombre, no podía preservarle su inoculación de la peste de Levante. Volvió del Asia a Constantinopla, y de allí a Italia, donde el año 1805, siendo catedrático de química y primer médico del hospital civil de Mantua publicó su diario de la referida peste, y a continuación dos memorias sobre varias enfermedades de los ganados, dirigida una al principe Ipsilanti y la otra al principe regente de Moldavia, su digno y generoso

Mecenas. La primera de ellas la cita con frecuencia Bonnisset en su Memoria sobre el modo de comunicarse el contagio de la peste a los hombres y a los brutos.

Ignoro hasta que año permaneció en Mantua ejerciendo aquellos destinos; mas por el borron sin fecha de una instancia que dirigió desde Ragusa al ministro de la guerra, he comprendido que despues de haber observado en aquella provincia la fiebre amarilla, solicitó emplearse en el ejército de Dalmacia, en cuyo país experimentaban los ganados una epizotia contagiosa.

Restábale aun a ese Atleta combatir bajo la Zona Tórrida con aquel monstruo fiero, inexorable como la peste de Levante. No le intimida la inmensa distancia que lo separa, ni la posición inaccesible que ocupa hace mas de una centuria. Armado con la meditación de lo que se ha escrito con mas criterio sobre la fiebre amarilla, ilustrado con la comparación de sus teorías a los casos que habia observado en Italia y en España, como lo indican sus manuscritos, resolvió dirigirse a los Estados Unidos, donde esa enfermedad es epidémica casi todos los veranos, para rectificar con nuevas observaciones sus diferentes hipótesis y conciliarlas si posible fuera en una obra luminosa. Con fecha 14 de diciembre del año próximo pasado le comunicó el duque de Feltre, ministro de la guerra del rey de Francia, la orden en que se le permitía emprender ese viaje, conservando la distinción y todo el sueldo que gozaba como médico ordinario del hospital militar de Dijon.

Arriba a Filadelfia y significándole el doctor Moore el peligro a que se exponía, le contesto imperturbable en estos precisos términos: "convencido del carácter contagioso de la fiebre amarilla, me propongo inocularme con el sudor de los moribundos o con la bilis de los cadáveres, modificando el veneno con los mismos reactivos de que me serví en mis ensayos con la peste del Oriente. Si está escrito el libro del destino que yo parezca victima de ese grande experimento, mi muerte no será sin gloria y los filántropos de esta región afortunada correrán en tropa a esparcir sobre mi tumba olorosas flores".

Una felicidad muy rara en la América Septentrional la preservó de la fiebre amarilla en el verano anterior. Impaciente por satisfacer su anhelo, o mas bien, conducido por una Provincia inescrutable, pasa a New York y se embarca para esta ciudad, funesta también a los forasteros por esa maligna enfermedad. Llegó a ella el 8 de septiembre último recomendado al Excmo. Sr. Capitán General y al Sr. Intendente de esta Isla por el Enviado de nuestra carta en los Estados Unidos", como un sabio, son, sus palabras, que se habia propuesto ser útil a la humanidad a costa de grandes sacrificios, y que despues ha haber viajado con ese objeto por la España, Francia, Italia, Inglaterra y Alemania, fué a Constantinopla y se inoculó la peste para experimentar en si mismo sus síntomas y efectos: y deseando observar del propio modo la fiebre amarilla, habia venido desde Europa a estas provincias, donde no encontrándola se proponía buscarla en esa Isla, mereciendo por tanto se le proporcionaran los auxilios nece-

sarios para realizar un servicio tan importante a la humanidad. Presentóse inmediatamente al Tribunal del Protomedicato exponiéndole lo que se había propuesto en sus investigaciones, y pidiéndole nombrara dos facultativos que le acompañara en ellas para atestar oportunamente sus resultados, y le comunicasen al mismo tiempo su opinión acerca del diagnóstico de esa enfermedad, y de los remedios que hubieran experimentado mas eficaces. El doctor D. Antonio Machado fué uno de los elegidos, cuyo honor se me dispensó igualmente.

Con ese motivo traté al Dr. Valli a quien conocía desde el año 1804 por los ensayos que hizo en Constantinopla empleando el antídoto de Jenner para precaver la peste. Y si entonces le tributé el mas publico homenaje de consideración y respeto citando esos experimentos en una Memoria sobre la introducción y progresos de la vacuna en esta isla, cuya virus, imitando su ejemplo, inoculé a varios europeos para preservarlos de la fiebre amarilla, que tanta analogía tienen con la peste; ahora admiré con la mas noble emulación su ardiente amor a la humanidad, sus vastos conocimientos, la solidez de su juicio y la actividad de su genio.

El 20 del propio mes fué conducido al hospital de San Juan de Dios por el doctor D. Antonio Mendoza, solicitando algún enfermo de fiebre amarilla para principiar sus ensayos. Uno solo encontraron y en extrema agonía que temieron exalara el último aliento antes que concurrieran los diputados del Protomedicato. Le mira el doctor Valli y se sorprende. Advierte la sangre negra y corrompida que fluió por su boca y otros órganos, observa su cuerpo teñido con una ictericia muy oscura, reconoce la disolución de los diferentes sistemas que constituyen la vida orgánica, le pulsa y un sudor copioso y frío hiela su mano. Entonces aquel físico impertérrito que en medio del contagio de la capital de Turquía dijo a Kalogera: "No me retiro, esperaré todavía la peste y aun la muerte" que escribió a Moore lo que ya he referido, y que desde el Norte de la Francia vino hasta la mas occidental de las Antillas a inocularse el vómito negro, apenas lo encuentra se horroriza y consternado se retira solicitando vinagre para lavarse y precaverse. Empero, sofocando el amor de la humanidad al de su propia conservación, vuelve al hospital al siguiente día, busca al enfermo y lo encuentra en el féretro.

Plinio el naturalista reconociendo el Vesubio fué devorado por sus llamas; los bárbaros de la Abysinia asesinaron en sus páramos al botánico Lippi; el anatómico Bichat contrajo en el anfiteatro de París el germen de una muerte prematura; Valli cuyo entusiasmo no era inferior al de esos mártires de la naturaleza, se aparta de ese asilo de piedad llevando, impresa en su fantasía aquella horrorosa imagen. Llega a su posada y anuncia conturbado que ya estaba invadido de la fiebre amarilla. En ja tarde del siguiente día me solicitan y advierto aun mas grabados en su alma que en su cuerpo los caracteres mortales menos equivocados. Pálido yerto, exánime, apenas pronunciaba algunas palabras desordenadas e interrumpidas con suspiros. Mi destino es irrevocable me dice con lengua

balbuciente, yo muero... En vano se apuraron los recursos de la ciencia y los consuelos de la amistad mas afectuosa; los auxilios de la Religión, aunque divinos, no siendo bastantes para reanimar su espíritu, lo exhaló al tercer día de la enfermedad, y a los cuarenta años de una vida digna de prolongarse hasta concluir y perfeccionar la grande obra que había concebido/¹ Pero las que ha publicado, su nombre y su memoria no han perecido, ni se ocultarán bajo la losa que cubre sus cenizas. Este ilustre. Cuerpo justa remunerador de las virtudes sociales y de las luces, habría inscripto al Dr. Valli entre sus beneméritos individuos, si por los sentimientos que escitó su muerte no hubiera comprendido que existió tan pocos días entre nosotros. Pero deseando reparar esa omisión, aunque inculpa-ble, y manifestar del modo más auténtico el alto aprecio que le han merecido los servicios que hizo a la humanidad y los que preparaba en beneficio de este pueblo, acordó que se colocara su retrato en la Biblioteca pública, cuya honrosa distinción solo ha dispensado a dos de nuestros amigos, que se grave en la lápida de su sepulcro un epitafio recomendando su ardiente amor a la humanidad y el aprecio que había merecido a esta corporación y que escogiendo en el campo ameno que cultivó con sus ciencias y virtudes las flores mas hermosas, las esparciera sobre aquella tumba la propia mano que recibió sus impresos y manuscritos del jefe ilustre tan eficazmente interesado en proteger al Dr. Valli cuando vivía, como en honrarle despues de muerto/¹)

Se ha dicho que el Dr. Valli contrajo la fiebre amarilla por haberse puesto la camisa sudada de un enfermo. No me lo refirió, ni tampoco ninguno de sus asistentes, ni observé en él alguno de aquellos tres síntomas que son tan propios de esa enfermedad que es conocida por dos de ellos, fiebre amarilla por la ictericia, o vómito negro por los vómitos atrabiliarias; las he- morrajias no son menos frecuentes. Ni he visto jamás terminar esa enfermedad al tercer día de su invasión; al contrario, se advierte entonces intermitir la fiebre y los síntomas por ocho o diez horas, siendo este un fenómeno que la distingue de las otras fiebres.

⁽¹⁾ El Sr. D. Alejandro Ramirez, Intendente de Ejercito y Real Hacienda de esta isla, digno de grata y perpetua memoria y dignísimo director de esta sociedad.

¡Plegue al cielo que esta libación que le consagro penetrado de dolor y de respeto, sea igualmente aceptable al genio que la ha discernido y al que preside la Academia Virgiliana de Mantua, las sociedades de medicina de Venecia y Burdeos, el colegio médico de Edimburgo y otros cuerpos literarios que se gloriaban de enumerar al Dr. Valli entre sus más dig-

nos profesores, y que todos ellos reconozcan que este filántropo no pereció en la Isla de Cuba como en las de Sandwich el célebre Cook.

D.O.M.

AQUI YACE EL DOCTOR EUSEBIO VALLI VICTIMA DE SU AMOR A LA
HUMANIDAD;

LA SOCIEDAD ECONOMICA DE LA HABANA RECOMIENDA SU MEMORIA
AÑO 1816

Obras escogidas del Dr. Tomás Romay.

Tomo I. Año 1858.

De la pág. 209 a la 217.

